

Epílogo de la humanidad

Restrepo Agudelo, Samuel

Una década después de que Dédalo descubriera la nueva subsección de la ingeniería, las tragedias que habían amurallado a la humanidad se convirtieron en pesadillas pertenecientes al pasado; literatura y nada más.

Cada achaque de la vejez, cada agente biológico patógeno, cada efecto colateral de un accidente... todo podía ser solucionado al reemplazar unas cuantas piezas del cuerpo. Bastaba redactar una carta a la Facultad de Ingenieros más cercana y el nuevo apéndice se acoplaría en minutos. Nos acostumbramos a no morir. Dejó de ser relevante integrarse al mercado laboral, aunque cada uno lo consideró tan natural como reemplazar algunos huesos de la cadera al cumplir el centenar de años. Nuestros pulmones fueron reemplazados para sobrevivir al cambio climático. El maltusianismo se equivocó dramáticamente: el alimento alcanzó para cada inmortal.

Con todo, el enigma de toda la historia

humana se mantuvo indescifrable. No me refiero a Dios, ya que todos sabemos que existe y que su nombre es Dédalo. Estoy hablando, más bien, de la razón por la cual la pandemia de suicidios no amaina: la tristeza. Una vez el móvil de la narración humana se acabó, es decir, la resolución de problemas, la muerte voluntaria se volvió lo más cercano a un estrépito inesperado de adrenalina. Si bien es ilegal, en el año 2458 ya nadie se escandaliza por un suicidio. La gente está tan ocupada con su propia tristeza que nadie parece motivado a responder a la sonda enviada desde la Galaxia del Sombrero que dice haber encontrado la cura para la depresión.

No sé de qué lugar mis dedos repletos de tornillos y circunvoluciones hallaron las fuerzas para escribir esta última nota. Este barco de Teseo que todavía llamamos cuerpo tiene un agujero por el que se filtra el agua; sin embargo, esta nave solo se hunde voluntariamente.